

“Los desafíos actuales en el hacer y enseñar filosofía”

Dice, entre otras cosas, Joan Manuel Serrat cuando la Universidad Complutense de Madrid le otorga el Doctorado Honoris Causa:

“Reivindico valores como la libertad y la justicia como un algo único, pues no hay libertad sin justicia, ni justicia sin libertad”.
(...)

“Reivindico la justicia y la libertad porque reivindico la Vida”.
(...)

“Reivindico a los humanos y a la naturaleza, que nos acoge y de la que formamos parte”. (...)

Reivindico el realismo de soñar en un futuro donde la vida sea mejor y las relaciones más justas, más ricas y positivas y siempre en paz”.

En el marco de esas reivindicaciones con las que sueña el juglar, al leer el tema propuesto para este Encuentro, lo primero que se me ocurre pensar es que se hace necesario aclarar la expresión “*desafíos actuales*”.

Veremos si lo logro:

Hacer y enseñar filosofía *siempre* fue un desafío, y hay varias razones para que así sea.

- La filosofía es difícil. Hay una dificultad que comparte con todas las otras disciplinas, que consiste en que, quien la encare, debe hacerlo con todo el rigor y la seriedad que ellas exigen y merecen.

Hay otra dificultad que le es propia, y aquí me tomo de la mano de Emilio Estiú, que, con otras palabras, expresa lo siguiente: porque debe rastrear por debajo de lo aparentemente obvio, tiene que dejar de lado los pre-juicios y los esquemas previos que se interponen entre quien la ejerce y la realidad. Claro que esto no significa que su dificultad la torne oscura. “Por el contrario: la filosofía puede y debe ser difícil, sin perder un ápice de claridad. El pensamiento sólo es oscuro si está pensado a medias”.¹

Esta dificultad es la que no pocas veces desanima al estudiante (del secundario o polimodal) que no alcanza a percibir la conexión entre la asignatura y su propia vida y realidad.

- Desde hace relativamente poco tiempo –si lo medimos en relación con la historia de la filosofía- hemos descubierto que no hay certezas absolutas, a lo sumo podemos llegar a algunas certezas provisorias en tanto históricas. Y en buena hora que así haya ocurrido porque eso nos libera de los dogmatismos y fundamentalismos, pero ocurre que eso exige del filósofo y del profesor en filosofía una actitud de apertura hacia pensamientos diferentes, que, debemos reconocer, no todos están dispuestos a adoptar.

¹ Estiú, Emilio: *El problema metafísico en las últimas obras de Heidegger*. Estudio preliminar a: Heidegger, M.: *Introducción a la metafísica*. Bs.As., Nova, 1959. pp. 7-8.

- Tal vez podamos establecer como hito el siglo XX para señalar una nueva relación entre el hombre y las estructuras protectoras de épocas anteriores en las que, pese a las angustias personales o colectivas, el hombre se sentía seguro porque tenía estructuras protectoras que lo resguardaban de los peligros máximos: la polis, en el caso de los griegos, la Iglesia en la época medieval, la Razón en los tiempos modernos. Hoy la confianza en esas estructuras se ha derrumbado y nos hemos quedado a la intemperie, sin techos protectores, sin seguridades. También esto me parece saludable, aunque algunos filósofos académicos parezcan no haber tomado nota de esta “intemperie” y de este desafío.

De los desafíos que mencionamos –sin agotarlos por cierto- podría decirse que el primero es el que en forma permanente acosa al filósofo y al profesor en filosofía. Los otros son relativamente recientes y no sabemos si perdurarán en el tiempo. Esperemos que sí dado lo saludable que significan tanto la apertura a pensares y saberes diferentes como el pensar a la intemperie de confortables coberturas protectoras.

Pero el tema del Encuentro nos pide los desafíos *actuales* con los que nos topamos. Veamos si podemos señalar algunos de ellos:

- Desde hace no demasiado tiempo hemos tomado conciencia que Filosofía es Teoría y Praxis. Marx lo dijo hace mucho, en el siglo XIX, con su conocida frase: “Los filósofos no han hecho otra cosa que interpretar el mundo, cuando de lo que se trata es de transformarlo”. Una lectura apresurada de esta feliz afirmación podría entender que Marx negaba la Teoría y sólo buscaba la Praxis. Eso significaría desconocer totalmente su pensamiento. Si queremos transformar el mundo, primero tenemos que interpretarlo. Teoría y Praxis juntas, indisolublemente unidas. Creo que no caben dudas de que este desafío es un verdadero reto: no basta con estudiar, analizar, deducir, encerrados en una habitación colmada de libros y buscando frenéticamente lo último de lo último en Internet. Hay que meter los pies en el barro y asumir la historia, la circunstancia concreta en la que estemos inmersos y comprometernos con su transformación.²

- Ahora bien, el mundo, la circunstancia concreta a la que debemos/deberíamos transformar, es compleja. Presenta múltiples facetas ya que incluye ingredientes sociales, económicos, políticos, históricos, psicológicos, lingüísticos, culturales, científico-técnicos... por nombrar sólo algunos de ellos. Entonces aquí tenemos otro desafío: la interdisciplinariedad. Y esto constituye un verdadero reto porque como buenos individualistas, estamos habituados a trabajar solos, o al menos sólo desde nuestra disciplina. Pero hoy, para encarar acertadamente los problemas, primer paso para su transformación en algo positivo, o tendremos que acostumbrarnos a trabajar en equipo, dejando de lado la soberbia que siempre caracterizó a la filosofía de creerse superior a las ciencias, o, si no están dadas las condiciones para el trabajo en equipo -en la universidad, en el instituto, en la escuela- tendremos que hacer el esfuerzo máximo de leer de todo y de pensar en todo sin encerrarnos en nuestro pequeño mundito de ideas.

² Cfr.: Feinmann, José Pablo: *¿Qué es la filosofía?* Bs.As., Prometeo, 2006

- Hoy la filosofía se ha convertido en un asunto de interés no sólo para los especialistas, no sólo para docentes y estudiantes de la carrera, sino también para especialistas o estudiantes de otros ámbitos del saber e incluso para el ciudadano común. Esto tal vez hubiera horrorizado a Ortega y Gasset que hablaba en nombre de los “aristócratas del espíritu” y veía con espanto como las masas invadían lugares y saberes otrora reservados a aquéllos.

Este interés hacia la filosofía por parte de los no especialistas puede ser visto por la Academia como una desjerarquización del saber filosófico.

No obstante, pasando por encima del espanto de Ortega y de la Academia, me parece maravilloso que el filosofar deje de ser un saber privilegiado para unos pocos y se convierta en el fermento del propio pensar de muchos. Justamente lo que necesitamos como país, como mundo, es gente con pensamiento propio, que no se deje manipular por los mensajes -muchas veces interesadamente desinformativos- de los medios de comunicación. Pero esto nos plantea otro *desafío* y bien *actual*:

¿Puedo transmitir el saber filosófico acuñado durante siglos y fomentar el propio pensar con el lenguaje técnico que en abundancia posee la filosofía?

Sin duda es más fácil y cómodo, pero ¿me entenderían? Y si no me entienden ¿de qué les sirve ese pseudo aprendizaje? Entonces, aquí nos encontramos con otro desafío que la hora actual nos exige: hablar claro, hacer el esfuerzo de traducir el lenguaje técnico de la filosofía a otro fácilmente entendible por todos cuidando que los conceptos no pierdan pertinencia, es decir, no se despojen del sentido y la profundidad de los términos originales. José Pablo Feinmann, con quien podemos coincidir o no en *lo que dice* enseña filosofía por televisión y mucha gente que jamás vio un libro de filosofía lo escucha con interés porque la manera *cómo lo dice* sirve de disparador para discusiones y debates, o para el pensar a solas.

- Los grandes maestros de la filosofía, llámense Aristóteles, San Agustín, Marsilio Ficino, Hegel, Nietzsche, Sartre, Deleuze o cualquier otro con quien nos sintamos identificados o por el contrario nos provoque rechazo sin dejar de admirar su lucidez, no fueron grandes por *lo que pensaron*. Fueron grandes porque pensaron para su realidad y para su tiempo y pensaron por sí mismos. Nosotros, que vivimos en el patio trasero del mundo, de un mundo globalizado donde impera el pensamiento único, tenemos otro desafío más: releer a los grandes autores en latinoamericano, y si es posible en chaqueño, o más bien en nordestino, porque de nada nos sirve repetir lo que aquéllos dijeron si no lo traemos a nuestro aquí y a nuestro ahora. Tenemos que aprender a expresar nuestro propio pensar, a decir nuestra palabra, inspirándonos sí en los grandes maestros pero sin copiarlos textualmente, sin repetirlos cual loritos bien amaestrados.

- Una pregunta que, creo, no podemos dejar de hacernos los docentes es: ¿Quiero enseñar *filosofía* o quiero tratar de enseñar *a filosofar*?

Lo primero sin duda es más fácil y cómodo. Basta con encontrar un buen manual o algunos textos seleccionados y explicarlos lo más claramente posible. Lo segundo exige que el docente se comprometa con su quehacer y trate de capturar -en el mejor sentido de la palabra- el corazón y la mente de sus alumnos para que ellos también se involucren en esta tarea no fácil pero apasionante que es el filosofar, y que aprendamos juntos a liberarnos de

esquemas, a dejar en libertad el pensamiento, a pensar por nosotros mismos. Sin duda cometeremos errores. Bienvenidos sean porque de ellos aprenderemos. Acá tendremos que cuidar de tener bien claro *qué* hacer, *cómo* hacerlo, *adónde* queremos llegar para que las clases no se conviertan en charlas de café, el filosofar no pierda rigurosidad y sea al mismo tiempo fascinante.

- Volvamos a lo que decíamos acerca de nuestra circunstancia latinoamericana. Estamos filosofando aquí y ahora, por lo menos es lo que aspiro que hagamos. Entonces, sin perder de vista la universalidad de algunos temas que habitualmente encara la filosofía, hay otros que son específicamente nuestros y que hoy no pueden estar ausentes de un programa de filosofía: el hambre y sus secuelas, la desocupación y sus implicaciones socio-económico-psicológicas, la discriminación, la memoria histórica, los genocidios y culturicidios varios que hemos padecido, la destrucción de la naturaleza y con ella la de la Vida en sus distintas formas, por nombrar sólo algunos. Es cierto que estos dramas se viven también en los países desarrollados. Algunos de los nombrados no alcanzan la magnitud dramática que tienen entre nosotros. Otros, como la discriminación, tal vez sean allá más graves. De cualquier manera, ya no son, no pueden ser, temas ajenos al filosofar.

- El vertiginoso avance científico técnico nos pone ante otro desafío imposible de soslayar. Con el Gran Colisionador de Hadrones (en inglés Large Hadron Collider o LHC) -aunque por ahora esté con problemas que los técnicos no alcanzan a solucionar- tenemos la expectativa de extender nuestro conocimiento del Universo, sin agotarlo nunca. Cuando en los albores del siglo XX se comenzaron a difundir los conocimientos acerca del Universo, de su origen, de su infinitud, fueron más bien -aparte de los científicos obviamente- los teólogos quienes se ocuparon de reflexionar sobre el tema, porque a la luz de los descubrimientos había que replantearse una cantidad de problemas desde otra perspectiva más compleja. Dos de los nombres que me vienen a la mente son los del teólogo y científico Teilhard de Chardin, en Francia, e Ítalo Gastaldi, en Argentina. En general, los filósofos no acusaron recibo de los nuevos conocimientos científicos. ¿Seguiremos en *la actualidad* eludiendo este apasionante desafío? Es necesario reconocer que, en general, los filósofos y los profesores en filosofía tampoco se ocuparon de los temas señalados en el ítem anterior.

A modo de cierre:

No puedo terminar estas simples reflexiones, sin hacer una aclaración para que la ponencia no se malinterprete como un si fuera un recetario. En filosofía no hay recetas. Afortunadamente. Es sólo una propuesta, producto de una larga y apasionada carrera docente. Seguramente en este Encuentro escucharemos otras más valiosas.

Quisiera además echar una mirada atenta a lo que hoy pasa en esta Facultad de Humanidades, donde me formé, para bien o para mal.

Y lo que veo me llena de orgullo ajeno -que yo lo hago propio- porque ¿qué es lo que veo?

Un grupo cada vez más numeroso de jóvenes profesores, de estudiantes avanzados y de nuevos que se van incorporando, en el que:

- no existe el tradicional divorcio entre Teoría y Praxis. Y allí están como testigos el libro que editaron *Prácticas sociales y Filosofía. Una relación (im) pensable*; la nueva revista *Waykhuli*, que se une a su hermana, la ya clásica *Dibujarnos de nuevo*.

- primero Maxi Román nos contagió su amor por Rodolfo Kush -marginado por la Academia no obstante haber sido el único filósofo argentino que se dedicó a la problemática aborígen- y ahora los responsables de *Waykhuli* le rinden homenaje poniendo el nombre del proyecto de Kush a su nuevo emprendimiento.

- no existe (o, al menos, se trata de que no exista) la pretendida relación de superioridad del docente con respecto a los estudiantes. Se aprende, se debate y se decide en conjunto en relación de igualdad.

- las *Jornadas Estudiantiles de Filosofía* que comenzaron tímidamente hace ya varios años, se han convertido en Foro obligado para exponer o debatir temas de actualidad.

- Además de las “*Jornaditas*” sobre la enseñanza de la filosofía -como humildemente las llamaron sus organizadores- y que tuvieron un resultado magnífico, se reedita este año la sana costumbre de organizar el *Encuentro de Profesores en Filosofía*, que por desgano, exceso de trabajo, o alguna otra razón, se había abandonado.

No hay dudas de que es mucho lo que se ha hecho. Pero todavía falta recorrer un largo trecho para acercarnos a la utopía de una carrera de filosofía que, además de la excelencia de su enseñanza, esté abierta al mundo que la rodea y a la vez permita que ese afuera ingrese a los claustros universitarios. Permítanme felicitar a los actores de este proceso de cambio y decirles que, en la medida en que todavía pueda serles útil, cuenten conmigo para seguir andando...

Y para que, como nos dijera el juglar al comienzo, revitalicemos juntos valores que han palidecido en su vigencia y acentuemos el *realismo de soñar con la utopía* de un mundo más justo, solidario, sin marginaciones, exclusiones, ni vida *descartable*.³ Aunque algunos así lo crean, no es contradictorio decir “realismo de soñar con la utopía” porque es la utopía el motor que nos lleva hacia delante recogiendo la experiencia del pasado para no incurrir en los mismos errores y nos abre hacia un futuro que, en gran medida, depende de lo que hagamos hoy. Como dice el poeta en sus conocidos y nunca inoportunos versos:

Ella está en el horizonte

camino dos pasos,

y ella se aleja dos pasos;

camino diez pasos,

³ es el término que utiliza Kliksber, para referirse a los que el sistema neoliberal no considera necesarios. En: *Una economía con rostro humano*. México-Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2002.

y ella se aleja diez pasos.

Pero entonces...

¿Para qué sirve la utopía?

precisamente para eso:

para seguir caminando”.

(Eduardo Galeano:

“La eterna utopía”)⁴

⁴ Galeano, Eduardo: *Las palabras andantes*. Bs.As., Siglo XXI, 1993.